

Patio de luces... y sombras azuladas

Sumido en la rutina obligada del confinamiento y exprimiendo todas las opciones de ocio para mantener a tres pequeñas fieras ocupadas, sencillamente ocurrió. Nuestro piso urbano, reconvertido en un cómodo penal, dispone de un modesto patio de luces, ladrillo caravista coronado por un tejado de pizarra. Sólo los tendales arrojan algo de color al que será en los próximos días nuestro teatro de operaciones.

—¡Papá, papá... un pájaro acaba de entrar en casa de los vecinos y se ha llevado algo en el pico!— Así irrumpió la más pequeña de la casa, con sus ojos azules brillando, buscando credibilidad a lo que había visto.

—¿Qué pájaro era?— pregunté, esperando al menos una descripción que delatara al ave infractora y provocara la suficiente curiosidad en mi como para arrancarme del sofá.

—Era muy grande, ha salido con el pico lleno, ¡de dentro de la casa papá! Blanca y negra. Tienes que verlo.

Rápidamente salieron de sus huras los hermanos, algo estaba pasando y no era en una pantalla.

—¿Qué dice la pequeñaja? ¿Qué es lo que ha visto?— soltaron a bocajarro.

Arremolinados en la cocina, y a sólo tres metros, observábamos la ventana entreabierta de los vecinos. El lugar donde nuestra benjamina decía haber visto salir el pájaro es una terraza cerrada. Por la ventana entreabierta se adivinaba una especie de bodegón con cestas de frutas, embutidos oreándose, escobones y toda suerte de trastos.

—¿Y a entrado por esa rendija?— interpele con la duda razonable de que un pájaro asumiera tal riesgo en una casa habitada.

—Sí, por ahí mismo— respondió sin titubear.

El diagnóstico zoológico no se hizo esperar y los hermanos mayores, como en un concurso televisivo, pulsaron el botón de la respuesta, atropellados en la intención de ser los primeros.

—¡Una urraca ha sido, seguro!— Dijo el mayor, luciendo galones de ornitólogo.

—Si, son muy ladronas, se llevan siempre cosas brillantes— apostilló la mediana.

Identificado el escenario y a nuestra atrevida ave, sólo quedaba comprobar que un “malhechor” siempre vuelve al lugar del crimen.

Esa tarea se me quedó encomendada, asumiendo la vigilancia policial con mucho gusto y con el móvil preparado para capturar la escena.

La aparente frialdad y caradura del córvido choca con su poca discreción. Al poco rato, sus graznidos resonaban en el patio. Muchas veces los habíamos oído, pero ahora sabíamos que no era solo una visita de cortesía.

Entré en la cocina y me quedé muy quieto a la espera de acontecimientos. Sonaban de nuevo los graznidos, una especie de “aquí estoy para hacerlo de nuevo” mientras aseguraba el perímetro con constantes idas y venidas por la cornisa. El ejemplar es señorial, de gran porte, recio pico y un plumaje precioso. Negro y blanco brillantes, un

contraste propio de una orca emplumada; y una larga cola de irisaciones azules que eliminaba cualquier atisbo de vulgaridad atribuible a la popular urraca.

No tardó en posicionarse en el alfeizar, ya más inquieta, acelerando los movimientos de control con su cabeza y amagando cruzar la ventana. Llamé rápido a la recua para ser testigos en directo de la usurpación.

—Estaros muy quietos y no hagáis ruido— les susurré muy serio para que nada estropeará el momento.

La urraca penetró sin oposición en la terraza y al poco salió con su pico lleno. Parecía un trozo de pan su preciado botín. Para nuestra sorpresa, volvió a descender y entró de nuevo.

—¡La van a pillar, seguro, se mete muy adentro! Clamaban nerviosos los niños.

Repitió la operación tres veces más, quedándose a gusto el animal y la audiencia, ante tan gratificantes bises.

Pronto se iniciaron los posicionamientos.

—Tenemos que sacar la carabina, es muy fácil acertar desde aquí y así acabamos con la ladrona— decía el mayor.

—Hay que avisar a los vecinos, se van a quedar sin comida— sugería la mediana.

—¿Por qué no dejamos abierta nuestra ventana y así viene también a nuestra casa?— Sentenció la pequeña.

Estas disparidades de criterio, propias de lo que sucede en un edificio con columnas en la Carrera de San Jerónimo, nos dejaron pensativos.

—¿Por qué lo hace papá, no tienen suficiente comida en la calle? ¿Por qué se lleva tanta cantidad? Los vecinos lo saben y lo consienten, ¿verdad? sino no tiene explicación— preguntaban razonablemente los niños.

Podríamos llamarlo libertad, codicia, determinación e incluso valor. Adjetivaciones todas atribuibles a las personas, pero nuestra “amiga” sólo quiere sobrevivir. Ella puede hacerlo.

A día de hoy, las ventanas siguen abiertas, la urraca las cruza, la carabina está en el armario, y sospechamos que los vecinos son cómplices del bufé. De momento.